

*Se pregunta el viajero si sostuvo  
el tiempo, andando contra la distancia,  
y vuelve adonde comenzó a llorar:  
vuelve a gastar su dosis de yo mismo,  
vuelve a irse con todos sus adioses.*

PABLO NERUDA



## DÍAS ENTRE ESTACIONES



De pequeña Lauren salía al campo en Kansas y llamaba a los gatos. Éstos acudían uno tras otro por la hierba, cubierta de los primeros hielos del invierno, mientras ella los veía venir a la luz de la luna. Las sombras de las nubes en movimiento formaban un millar de pequeñas intersecciones oscuras ante ella. El destello del hielo era como el de los ojos de los gatos, y éstos se asemejaban a su vez a los de las estrellas que perforaban las nubes. Lauren se preguntaba por qué acudían. Eran salvajes y no hacían caso a nadie; sus destrozos en los campos perjudicaban a los granjeros; y su padre aborrecía el cuenco que asediaban por la noche, como un millar de crías recién paridas en la hierba. Pero acudían por ella y tal circunstancia dejaba claro que, por tal motivo, Lauren era de algún modo especial; y quizá, se preguntaría veinte años después, acudían por la misma razón por la que ella acudía a ellos, porque era hermoso ver todos aquellos cruces de sombras y el despliegue de luces como estacas, y porque también ella era hermosa en el mismo sentido.

Veinte años después, haciendo el amor con su marido, pensaría en ellos, en vez de en él en su bicicleta alejándose por una autopista. Cuando él la hubiera penetrado hasta el fondo ella dejaría escapar un pequeño gemido, le agarraría el pelo negro y recordaría estar acariciando el pelaje del gato negro más salvaje de Kansas.

Y entonces miraría a su marido en la oscuridad y se preguntaría de dónde había venido. Y supo que nunca

se lo diría, porque ni él mismo lo sabía. Ambos habían cruzado la frontera de sus respectivas juventudes, provistos de visados a punto de expirar, hostigados por la realidad latente de sus sendas infracciones.

Le conoció el verano en que cumplió diecisiete años. El olor a Asia era una presencia constante en el aire. Cuando le vio en una fiesta, él ya había vuelto de la guerra, tras haber entregado el último rescoldo de adolescencia. Sentado en un barco alejado de la costa, escuchando el tableteo de helicópteros en llamas, no había presenciado ningún combate. No sentía verdadero alivio, pues no era lo bastante sensato para ser consciente de que podía haber muerto. Jamás se le pasó por la cabeza. Cualquier otro habría cuestionado con escepticismo la fortuna que le había llevado desde el precipicio de la jungla hasta el auditorio a las afueras de San Luis donde aguardaba ella. Fueron presentados entre murmullos; ella se enamoró de él al instante, como él de ella, aunque esto no garantizaba nada. Más tarde ella cruzaría corriendo el porche de su padre, ante la mirada inquieta de su madre y sus hermanos, para verle pasar con su equipo por la granja de su padre; contra el horizonte ceniza la pequeña y determinada línea de figuras se movía como un arroyuelo de aguas grises, de uniformes y cascos color azul metalizado y cuerpos horizontales sobre las bicicletas, de cabezas agachadas y espinazas en alto. Ella jamás le saludó con la mano desde una valla de madera.

Él tenía veinte años. Se llamaba Jason. Tenía un pelo lacio y rubio que con el tiempo se dejaría crecer. Posteriormente, en San Francisco, llevaría un pendiente y se quitaría la camisa. Irradiaba belleza, por supuesto —como todas las cosas y personas de las que ella se rodeaba—, una belleza muy superior a la de otros hombres; todo en él era preciso y perfecto. Poseía un sentido del dinamismo que se ubicaba en algún lugar

de la parte superior de su espalda, entre los hombros; y unas veces esta zona de su cuerpo tendía a estar más cerca de su corazón, mientras que otras lograba emocionarle con mayor fuerza cuando el corazón se mantenía completamente al margen. El saludo de una chica tras una valla de madera habría hecho sentirse importante al hombre que había en él; pero el niño que lo habitaba, cuya predominancia era manifiesta, tan sólo se habría cuestionado la importancia de aquel gesto. Cuando ella fue desde el porche hasta la carretera para verle pasar, a él le pareció sentir las líneas y colores del reflejo de ella en el casco azul metalizado. Pero alzó la vista, y supo que en un campo de bellezas rubias de Kansas había algo en el esplendor de la boca de ella que le animaba a asumir que era suya, aunque nunca llegó a identificar ese algo con exactitud. No esperaron a casarse para hacer el amor, y a ninguno de los dos le sorprendió que él fuera el primero de ella; él no necesitó oír el pequeño grito reprimido para reconocerlo, igual que no había necesitado mirar por encima del hombro para saber que ella estaba en aquella carretera. Ella no vio razón alguna para gritar en beneficio de él. No obstante, sin tal gesto, él echó algo en falta tras acabar.

Tras regresar del extranjero, él estuvo considerando si intentar clasificarse para las Olimpiadas de México, pero decidió esperar a Múnich. Sin tal presión, casarse con ella resultó más sencillo. La noche después de la boda partieron hacia San Francisco; y ya en el avión, hipnotizada por el rugido del despegue, ella supo instintivamente que estaba embarazada de Jules. Mientras contemplaba por la ventanilla la destellante pista, soñó que el gato más salvaje de Kansas acechaba en el ala del aparato.

Vivían en una calle secreta a la que se accedía por una pequeña entrada en la cima de una escalinata que as-

cendía una colina. Salvo por esta entrada, la manzana estaba completamente cerrada, oculta al tráfico y a la mirada de residentes que llevaban toda la vida en la ciudad; la calle no aparecía en el plano de Lauren, ni en la guía local que compró el día de su llegada, ni en el mapa de la biblioteca; las contraventanas se abrían y cerraban solas de golpe, y los portales estaban desiertos hasta que se ponía el sol y la oscuridad se tragaba la calle. Sólo había un automóvil muy viejo al final de la manzana, que ella era incapaz de imaginar cómo había llegado hasta allí, a menos que hubiera sido bajado desde el aire. En la placa del edificio ponía Pauline Boulevard; y ella se quedó de piedra cuando, dos años después, se mudaron a Los Ángeles y, tras semanas buscando una vivienda, una agencia les remitió a un apartamento de Hollywood Hills en el número veintisiete de Pauline Boulevard. Se lo quedaron. Al Pauline Boulevard de Hollywood Hills se accedía por un pequeño pasaje al final de una escalinata aun más larga que la de San Francisco; y las contraventanas se abrían y cerraban de golpe y no había ni un alma en los portales. En este caso no había ningún automóvil pero sí un cartel en un estado impecable de *El demonio y la carne* donde John Gilbert besaba a Garbo. Tres veranos después, cuando Jason estaba en Europa entrenando para Múnich, Lauren fue a San Francisco para pasar un fin de semana y buscó su antiguo Pauline Boulevard. No lo encontró. Aquella tarde estuvo tres horas recorriendo Columbus de un lado a otro en busca de la escalinata que arrancaba junto a un delicatessen italiano, buscando el giro que había hecho cientos de veces. Los escalones no aparecían por ninguna parte. Preguntó a vecinos, tenderos, agentes, carteros; pero nadie sabía de ningún Pauline Boulevard. Preguntó al propietario del delicatessen por la escalinata que antes partía desde su establecimiento, pero el hombre no lo recordaba. Volvió a Los Ángeles un tanto desesperada, nerviosa porque el Pauline Boulevard donde vivía



ahora también hubiera desaparecido, pero seguía allí esperándola, y desde su ventana de la última planta al final de la calle recordó la correspondiente vista desde su ventana de San Francisco donde, con la mirada puesta en la calle Columbus de mucho más abajo, se pasaba los dedos por el vientre que aún contenía a Jules.

En San Francisco, donde por las noches esperaba atenta a oír el sonido del cambio de marchas de la bicicleta de él y ver el destello de su casco bajar la calle secreta, pasaron poco tiempo juntos. La primera ausencia de él pareció corresponderse con la revelación de ella de que estaba embarazada de cuatro meses. Él se marchó dos días después, tras dejar el sitio de la cocina donde la noticia le había dejado helado.

Ella le escribía de noche, en una pequeña mesa cerca de la ventana —no tenían dinero para telefonarse—, y esperaba sus contestaciones, que eran infrecuentes. Cuanto más infrecuentes eran las cartas de él, más a menudo escribía ella, como para así conjurar una respuesta; y por tanto las cartas empezaron a acumularse. Escribía una y luego pensaba en otra antes de enviar la primera, de modo que escribía la segunda y metía la primera dentro. Al poco estaba enviando cinco, seis cartas en una, luego una docena, después diecinueve o veinte, hasta que él comenzó a recibir unas enormes cartas tipo caja china, que abría sólo para encontrar otra dentro que le remitía a una tercera; cartas dentro de cartas dentro de cartas. Él escarbaba hacia el núcleo de la correspondencia y, tras la decimocuarta o decimoquinta carta, apartaba el montón entero, asqueado. A su manera creía quererla, y a su manera sabía que la necesitaba; pero también estaba subyugado por su libertad y, como en Vietnam, no entendía el concepto de prescindible.

No volvió a casa cuando nació Jules.

Ella parió a solas, sin anestesia, diciendo en voz alta «¿Dónde estás?» con cada contracción. Las enfermeras y los médicos, malinterpretándola, respondían, «Ya

viene, aguanta», sin darse cuenta de que en aquel momento a Lauren no le importaba nada el bebé, que si dar a luz a un feto muerto hubiera hecho que Jason cruzase la puerta del paritorio ella habría consentido en ello de buena gana; y fue en el instante en que Jules la desgarraba por dentro para salir cuando decidió, en medio de tremendos dolores, que jamás volvería a enviar una carta a Jason, mucho menos una caja china. Lo decidió sin furia ni rencor; el dolor era tal que lo aclaraba todo, y la decisión fue contenida, ponderada. Dos días después se fue a casa con Jules y durmió junto a la ventana donde había escrito todas las cartas; una vecina de su planta le hizo el favor de trasladar la cama. Jules durmió con ella. Al niño le había sido recetada una leche especial, y los médicos le dijeron que no le diese el pecho. El primer día, ella y el bebé durmieron toda la noche del tirón. Ella despertó la tarde siguiente al oír un estrépito en la calle. Lo hacía un carrito empujado por varias personas del que salía una extraña música; al final del carro había un embudo por donde las personas que vivían en la calle, a ninguna de las cuales ella había visto antes, arrojaban monedas. En un momento dado Lauren advirtió que en el carro iba el cuerpo de un niño muerto que era llevado a enterrar; cuando las monedas bajaban dando tumbos por el embudo, un maniquí situado en lo alto del carro, vestido con un abrigo rojo de botones dorados, de grandes ojos ausentes y una delgada sonrisa triste, alzaba el brazo en un saludo. Conforme el maniquí saludaba, en las ventanas de toda la calle fueron apareciendo maniqués de niños pequeños que devolvían el saludo, hasta que la manzana entera se convirtió en una hilera de brazos articulados que se mecían de un lado a otro. Ante tal espectáculo Lauren bajó la mirada, aterrorizada, hacia Jules, esperando que su hijo fuera el niño del carro. Pero Jules dormía sobre su pecho al sol de la tarde, indiferente a la música de abajo y a los saludos de los brazos de plástico.